

Ostracismo, resurrección y utopía: breve nota sobre política, populismo y posestructuralismo¹

Julián Melo²

Resumen. El presente texto propone una lectura de diversas interpretaciones dadas en torno a la relación entre política y populismo. Principalmente, nos concentramos en la forma en que dicha relación ha cobrado nueva fuerza a partir de la publicación de *La razón populista* por parte de Ernesto Laclau. En ese sentido, revisamos los modos en que esta nueva vida puede ser interpretada a la luz de los procesos de renovación de creencias filosóficas y políticas que muchos intelectuales han realizado luego de lo que Oscar Terán llama “la caída de los grandes ideales”.

Palabras clave: política, populismo, institucionalismo, Laclau

Ostracism, resurrection and utopia: brief note on politics, populism and post-structuralism

Abstract. This text proposes a lecture on different interpretations given around the relation between politics and populism. We mainly focus in the way in which that relation has gained new strength since the publication of *On populist reason* by Ernesto Laclau. In that sense, we explore the paths in which many intellectuals have interpreted that new strength during the process of philosophical and political believes renovation given after the moment that Oscar Terán calls “the fallen of great ideals”.

Key-Words: politic, populism, institutionalism, Laclau

¹ Una versión preliminar de este texto fue presentada en el *II Encuentro entre equipos de investigación en teoría política: espacio, democracia y lenguaje*. Ciudad de Córdoba, 23 y 24 de septiembre de 2010. Agradezco los comentarios al texto original de Sebastián Barros, Daniela Slipak, Gerardo Aboy Carlés, Ricardo Martínez Mazzola y Gonzalo Barciela. Naturalmente, todos los errores u omisiones son de mi exclusiva responsabilidad.

² Doctor en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigador asistente de CONICET. Profesor e investigador del Centro de Estudios del discurso y las Identidades Sociopolíticas (CEDIS) / UNSAM.

La política es la actividad que tiene por principio la igualdad, y el principio de la igualdad se transforma en distribución de las partes de la comunidad en el modo de un aprieto: ¿de qué cosas hay y no hay igualdad entre cuáles y cuáles? ¿Qué son esas que, quiénes son esas cuáles? ¿Cómo es que la igualdad consiste en igualdad y desigualdad? Tal es el aprieto propio de la política por el cual esta se convierte en un aprieto para la filosofía, un objeto de la filosofía.

Jacques Rancière

Introducción

Hace más de una década, Javier Trímboli y Roy Hora entrevistaron a Oscar Terán (TERÁN, 2006). Allí, los tres involucrados llevaron a cabo un recorrido vistoso y apasionante sobre la trayectoria intelectual y política de este último. Trayectoria que, es redundante afirmarlo, atrapa al lector; esto es, quien lee aprende, sobre todo, el lector joven (me refiero a quienes por mandato imperativo de la naturaleza no habíamos nacido sino hasta mediados de los años '70). Atrapado entonces en ese proceso, una frase de Terán me llamó la atención, me interpeló. Trímboli y Hora preguntaron a este intelectual argentino por sus inicios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Terán hablaba de su impresión acerca de la Biblioteca de dicha Facultad; decía textualmente: “(...) recuerdo asimismo en otro plano, y esto es un recuerdo muy vívido, el impacto de la biblioteca central en ese piso alto de la calle Viamonte; me veo nuevamente revisando el fichero y creyendo que en algunos de aquellos anaqueles estaba la verdad. Yo creía que había verdad, que esa verdad podía ser encontrada y que además estaba en esa para mí inmensa biblioteca de Filosofía y Letras (...)” (TERÁN, 2006, p. 14).

El movimiento de retrospectión crítica que apunta Terán respecto de sí mismo asoma casi como una obligación; obligación que debe ser, creo, internalizada [o sea, apre(h)endida] por quienes vivimos otras épocas.³ Es quizás como fruto de ese tipo de ejercicio, el de

³ Más allá de las derivaciones políticas coyunturales en que estos ejercicios pueden terminar, la relectura de Terán no es la única a la que nos hemos acercado. Me parece sumamente interesante e instructivo el recorrido que propone Juan Carlos Torre (2007).

Terán, que hoy en día resulta casi de perogrullo afirmar que verdad... no hay... ni en esa ni en ninguna otra Biblioteca. Lo llamativo, que es a la vez lo que necesariamente transforma a un *ser* en un intelectual, es que se mantenga la búsqueda incesante de aquello que, al fin y al cabo, no *está* en ningún lugar.

En otro momento de la entrevista a la que aludimos, Terán remite a su relación con la revolución cubana (dice que para él fue una época de certezas y que formó parte de lo que llama “partido cubano”). *Más allá* de no adentrarnos en su relato respecto de las incertidumbres que sobrevinieron posteriormente, la caída de los grandes ideales, la dictadura y el exilio, me llamó la atención la relación entre verdad, certeza y la palabra revolución. Terán llama

(...) partido cubano a lo que configura un agrupamiento muy amplio y que cubría niveles de participación muy distintos, pero que implicaba la aceptación de que la vía revolucionaria tenía que seguir los caminos genéricamente señalados por la interpretación circulante del triunfo de Fidel Castro y por los escritos del Che Guevara, canónicamente simplificados por Régis Debray. Se podía ser más o menos foquista, podía discutirse si la guerrilla tenía que ser más rural que urbana o más urbana que rural, pero había una serie de parámetros que se deducían del hecho de asignarle un lugar estratégico a la lucha armada según el modelo cubano (TERÁN, 2006, p. 18).

No hay tanta nostalgia como claridad en el examen de este intelectual argentino. No reduce drásticamente su mirada de aquel momento al resultado en que terminaron las experiencias políticas que hicieron de la lucha armada un camino ineludible (aunque alude al horror de los corolarios de la violencia); Terán no reniega de aquello que surtió efecto de verdad, de aquello que hizo de cimiento para un “gran ideal” (aunque admite que los saldos lo hicieron sospechar). Y no reniega porque, en el hecho mismo del replanteo, no muestra desafección, ni odio, y no se esconde en que la mirada del pasado era simplemente la de la juventud inexperta. Cuando Javier Trímboli le pregunta a Terán por la caída de aquellos grandes ideales, el entrevistado dice:

(...) la caída de los ideales tiene que ver en mi caso con la catastrófica derrota de la experiencia revolucionaria en la Argentina de esos años; con el horror de la salvaje represión de Estado; con la sospecha (por razones locales

y sobre todo de la crisis del socialismo a escala mundial) hacia aquella filosofía de la historia que con tanto entusiasmo había considerado que respondía a la totalidad de las cuestiones vitales, y con la iluminación de los núcleos perversos que habitaron en aquellos mismos proyectos revolucionarios” (TERÁN, 2006, p. 19).

Esto se asemeja mucho, en cuanto a la profundidad y la honestidad de la retrospectiva, al ejercicio que propone Juan Carlos Torre cuando dice:

La primera estación de nuestra travesía fue un ajuste de cuentas que algunos hicimos en el exilio y otros en el país a la vista del desenlace catastrófico de la violencia política de los años setenta. A la hora de hacerlo las palabras importaron: ¿fue acaso una derrota o el fruto de un error? Esto es, ¿se trató del resultado contingente de una empresa liberadora que mejor concebida o en circunstancias más favorables valía la pena encarar y llevar adelante o, por el contrario, fue el resultado necesario de una aventura jacobina que sustituyó a la política por la guerra y entrañaba naturalmente una involución autoritaria? Quienes estábamos caminando en la dirección de una izquierda socialista democrática optamos por hablar de un error en lugar de una derrota. Y porque esa fue la conclusión del ajuste de cuentas se abrió ante nosotros el paso siguiente, valorizar las libertades democráticas como plataforma hacia adonde reorientar la realización de los ideales socialistas (TORRE, 2007).

Torre habla entonces de la relectura de una trayectoria intelectual y política; y allí la realización de los viejos grandes ideales aparece puesta en función de la valorización de una nueva plataforma para su lanzamiento: la libertad democrática. Aquella travesía de interpretación de la experiencia pasada por la que nos conduce este sociólogo argentino concluye, tal como lo afirma unos pocos párrafos más adelante, en el descubrimiento de la dimensión propiamente liberal de la democracia (en el fondo, y esto nuevamente lo afirma nuestro autor, fue un proceso de renovación de creencias filosóficas).⁴

⁴ Si ello implica o no un recambio de verdades (o de guías de acción y pensamiento) consideradas tan absolutas como las del pasado, puede ser tema de discusión. En todo caso, Torre habla claramente de no retomar “los objetivos de siempre”, al tiempo que piensa, como forma de la acción política, “una ingeniería gradualista que rechaza las alternativas globales, totalizadoras, para ubicarse en el plano más modesto de las reformas”. Quizás entonces no sea lo más

Aparecen en este ejercicio (el cual, vale la pena recalcarlo, debe ser un horizonte básico de aprehensión para cualquier pensador) dos cuestiones que considero fundamentales. En primer lugar, que las grandes derrotas y los grandes errores no pueden sino dejar una enseñanza. Y que esa enseñanza, quizás lo estoy simplificando, no debe conducir a un escepticismo recalcitrante. En segundo lugar, creo que hay aspectos no saldados en la enseñanza. Podemos inquirir: ¿es la derrota del modelo cubano-revolucionario la que indica que la toma del poder como camino a una sociedad justa es una ruta errónea, o existen valores antes denostados que presentan un mejor modelo de medios para conseguir dicho fin? ¿Se aprenden esos valores sólo como fruto de la catastrófica derrota? Las respuestas son riesgosas: si asumo que sólo aprendo que el fuego quema una vez que me quemé, la cuestión se torna compleja. Si, de otra parte, asumo que, en determinado momento de la vida (política, intelectual y hasta biológica) sólo puedo poner la mano en las llamas (aunque sé que me voy a quemar), el tema se torna casi imposible de abordar. La forma más elegante de resolver el dilema es decir: *no sabía que el fuego es fuego, y por tanto quema...*

Ahora bien, el hecho es, para mi, preguntarse si los valores que aparecen en la “modestia reformista” ocupan o no el lugar de los viejos ideales. Entiendo que la enseñanza no se inclina a reemplazar los mecanismos (o valores) liberal democráticos denostados por el modelo cubano; antes bien, parece colocar a esos valores en el lugar de la modestia (quizás con algo de impaciencia nostálgica pero con el vívido recuerdo de la derrota...) Y, antes que nada, se inclina, la enseñanza, por atacar la producción de un “gran relato”. La marca de la derrota, más acá de la muerte, la masacre, el exilio y el desarraigo, impone cierto tenor immaculado al olvido de aquello que quiso explicar todo. Por ello, el gesto de la retrospectiva, para mi, tiene más que ver con recordar que no se puede explicar todo que con reemplazar una verdad con otra, tal como entiendo que lo muestran Terán y Torre. En todo caso, la verdad liberal democrática parece ser, antes que una estación de evolución, una parada relativamente acogedora que, a la vez que juega de loza protectora frente a la matanza de antaño, permite que aquel idealista buscador de verdades no se resigne frente a su ausencia, y que la transforme en un horizonte.

In anycase, como indica la fórmula sajona, me preocupo por los costos (no encontré una palabra mejor) que la enseñanza deja para quienes no “sufrimos” en carne propia el calor de la llama de la que

importante el hecho de la aparición, vía descubrimiento y valorización, de una nueva verdad, sino, antes bien, la calificación del nuevo camino como “modesto”.

hablamos: el calor de la llama de la verdad. ¿Estamos condenados al escepticismo? Para quien sueña con forjarse una opinión sostenida en la investigación, esa condena asoma inaceptable. Reproducir el viejo patrón, ahuyentado la enseñanza, ¿nos transforma en “revolucionarios”? ¿O sólo somos jóvenes, escapando a la juventud, y por tanto naturalmente imberbes? De cualquier modo, para repetir la fórmula sajona, hay algo en toda esta cuestión que me parece fundamental: las palabras que significan los procesos. Me preocupan los significantes que se sacrifican en el andar del crecimiento los cuales perfectamente pueden auto-traducirse en el contexto en que fueron emitidos, de modo que lo que hoy se defiende como liberal democrático puede ser considerado como plenamente revolucionario, si uno mira la historia argentina particularmente. Aun así, *el nombre importa*. Para mí, por una razón fundamental: porque los nombres son comunes a muchas épocas, lo que cambia es el volumen de aquello que quisieron explicar. Las palabras mueren y resucitan, esto puede tomarse como un patrón. Lo increíble (o intrigante) es que, a contrapelo de muchas interpretaciones, se usan casi siempre las mismas palabras para decir *casi* lo mismo.

No creo justo afirmar que es por culpa de la incertidumbre (la desilusión, el desengaño a que da lugar cualquier clase de certeza), que todas las palabras, en algún momento, dejan de usarse. Ya no se trata exclusivamente de si fue un error o una derrota coyuntural, si fue una *mala verdad* o si fue simplemente un error de cálculo. Hay algo que, sin caer en el escepticismo más rancio o en la más estricta desafección, resulta a todas luces destacable: la creencia (la nominación, la concreción del mito) no invalida el hecho mismo de que algunas palabras, al igual que las verdades que ellas contienen, caen en desuso (lo cual implica, como resulta obvio, que también para el uso de los términos existen “modas”).⁵

Ahora bien, pareciera que muchos términos aplicados desde la teoría política, o la filosofía política, por ejemplo, están destinados a crear incertidumbre, y, por lo tanto, a re-crear la constante búsqueda de aquella verdad que es tan necesaria como inexistente. Pareciera entonces que términos como revolución, transformismo, nazifascismo, bonapartismo, cesarismo, comunismo, republicanism, clientelismo, en algún momento caen en desuso. Es difícil que hoy en día alguien

⁵ Es muy interesante, *mucho más acá* de cualquier análisis lingüístico, que muchos significantes terminan transformándose a sí mismos en la verdad que incuban como contenido. Entonces, la verdad, en gran cantidad de ocasiones, aparece inexplicada en la sola nominación del significante establecido. Espero que, hacia el final de estas páginas, se comprenda mi afirmación.

hable de dependencia, o de capitalismo tardío; sin embargo, fueron significantes de una producción intelectual que marcó épocas a fuego; tanto las marcó (y las explicó) que muchos se vieron obligados a repensar esas categorías (y a repensarse a ellos mismos) en el marco ya del desuso de dichas categorías (y en el marco del fracaso de las experiencias políticas concretas). Me pregunto quién, hoy por hoy, escribe un texto de sociología política (supongamos presuntamente desligado de cualquier clase de militancia) abundando en consideraciones sobre la burguesía y la explotación. Esto, desde mi punto de vista, es algo más que una reedición de la caída del marxismo. Ya casi nadie habla, si no es ante medios comunicativos masivos, de bonapartismo (otra categoría alegórica marxista...) Ya casi nadie⁶ usa los términos clase en sí y para sí cuando le toca hablar del movimiento obrero; tampoco aparecen muchos hablando del kirchnerismo como *fase final de la revolución democrático-burguesa*. Entiendo que es fundamental hacer el intento de indagar si es que, hoy por hoy, existen o no significantes en boga que quieran tratar de explicar aquello mismo que ya se intentó, pero usando distintas palabras y sentidos diversos.

Política, posestructuralismo y populismo

Si se me permite una especulación estrecha y por demás intuitiva, no creo que la caída en desuso de un término (pongamos por caso, aquí, Revolución) dependa de su carácter polisémico sino, antes bien, depende de todo lo contrario. Es esa misma polisemia la que permite la resistencia en el tiempo de un término, aunque no puede ser la única fuente de atractivo de determinadas palabras. A la vez, la multiplicidad de sentidos a que ciertos términos emblemáticos remiten nos devuelve a la pregunta anterior: ¿podemos determinar la naturaleza de un régimen político? Ahora bien, si decimos que no podemos hacerlo, ¿no corremos el riesgo de, o bien sólo definir un carácter particular y combinado del régimen político, o bien crear una categoría omniabarcadora y ultra explicativa? Si no nos decidimos por ninguna de estas dos, ¿no corremos el riesgo de inventar una teoría protegida por el halo del alcance medio?

Quisiera colocar aquí, en el eje de esta breve nota, al significante populismo (que, como todo “ismo”, arruga la frente del lector y, potencialmente, lo aburre de antemano) ¿Se puede decir que la naturaleza de un régimen político es populista? Para responder a estos,

⁶ Naturalmente, esta es una expresión algo exagerada. Seguramente, estos términos se mantendrán en uso pero, como decíamos antes, “quizás pasados de moda”.

asoman varias alternativas. Por ejemplo, si defino lo populista como un rasgo de estilo político (sea o no peyorativo, de manipulación y demagogia), puedo buscar el contenido populista en casi todo régimen político que me proponga. Lo mismo ocurriría si lo defino como un patrón de política económica (ineficiente y malgastador según la generalidad de quienes optan por este camino). Frente a los torrentes desbordantes de tematizaciones negativas del populismo, y este es el segundo riesgo, puede aparecer (de hecho apareció) la acción de resurrección de él (del populismo). Populismo⁷ (re)cobra vida de entre la violencia del ataque del *rational choice* y del institucionalismo; resucita de entre las garras de la democracia representativa, y su existencia lleva el nombre de la política *tout court*. Populismo es política, su condición de vida en la resurrección; esa, y no otra, es *La Razón Populista*. Es esa la *Razón* de *todo* régimen político; es su necesaria naturaleza para poder ser considerado político.

La bifurcada, si se aceptan los polos propuestos, es insondable: populismo es una parte (generalmente negativa del régimen) o bien es un *todo* positivo (régimen incluido). Sobre el primer camino posible mucho se ha dicho ya. Taguieff afirmó que uno de los problemas de la palabra populismo es que se ha vuelto popular. Cuestión que es muy significativa pues popular no reviste, en Taguieff, un carácter de orden despectivo sino de orden masivo.⁸ En este sentido, populismo remite con mucha facilidad y velocidad, sobre todo esto último, a una pluralidad de sentidos; pluralidad que fluye en cualquier ámbito de la vida cotidiana (es decir, populismo no es un término de uso sólo académico, resguardado para los pocos que se animan a su estudio...). No obstante, va de suyo en lo anterior que esa facilidad y velocidad con que la voz populismo otorga destino a un argumento, lo ha transformado en un calificativo. Y lo más importante de ello es que la carga valorativa del término, siempre a gran velocidad, es generalmente negativa. No hay más que sobrevolar (en realidad, navegar) como mucho 30 minutos en *Google* pidiendo información sobre este “ismo” para ver que es: demagogia, manipulación, clientelismo, derroche, déficit

⁷ Aquí pido disculpas por el repetitivo uso del término.

⁸ Dice Pierre-André Taguieff: “La palabra “populismo” ha sufrido una irónica desventura: se ha hecho popular (...) el populismo sólo puede ser conceptualizado como un tipo de *movilización* social y política, lo que significa que el término puede designar únicamente una *dimensión* de la acción o el discurso políticos. No encarna un tipo particular de régimen político ni define un contenido ideológico determinado. Es un estilo político aplicable a diversos marcos ideológicos” (TAGUIEFF, 1996, p. 29).

fiscal; es un fantasma,⁹ una sombra infame que se cierne sobre las débiles democracias en formación;¹⁰ es una llaga mal curada que arrastran muchos países que, históricamente, perdieron grandes oportunidades de desarrollo por culpa de los populismos.

Sobre el segundo camino posible, la cuestión, llamativamente, es más o menos similar. La única variante es la inversión de la carga valorativa. Como todo acto de resurrección, tiene algo defensivo y algo mágico. Se guarece de la muerte, desafía la naturaleza, desafía al paso del tiempo. Populismo se defiende a capa y espada, en primera instancia, enumerando todo lo malo que tienen los demás. En el anfitrío de los “ismos”, populismo está parado en el centro de la escena, repartiendo la misma carga negativa que lo mató a él hacia el resto de “ismos” que miran azorados. Pero es de remarcar una cuestión central: *el rol del resucitador*. Pues, creo que aquí coincidiremos sin problemas: al tiempo que populismo gana el centro de la escena lo hace también el resucitador.¹¹ Este último, munido de un elegante y refinado traje de ontologías que, desarrollados con indudable brillo y pasión, reviste de positividad al enclenque fantasma que hasta hace poco tiempo estaba por perder su membresía en el concierto de los “ismos”. Y no solamente eso, sino que, además, esa resurrección, volviendo siempre a merodear el trasfondo bíblico y la historia de Betania, puede cobrar el carácter de un milagro. De todos modos, nunca se sabrá si ese milagro se produce por la vaguedad de la propia trama teórica que mantuvo al

⁹ Por cierto, no todas las teorizaciones que piensan en términos de fantasma lo hacen con un absoluto carácter negativo. Incluso hasta puede leerse alguna reflexión en torno a esta temática donde el carácter del populismo como fantasma (leído entre líneas) puede ser definido como positivo. En todo caso, también es cierto que la cuestión del fantasma aparece, al menos en un par de trabajos, asociada a la noción de espectro en Derrida. De este último autor, la referencia es *Espectros de Marx* (DERRIDA, 1995). Son, asimismo, Benjamín ARDITI (2004) y Sebastián BARROS (2006a) quienes han pensado con esos términos al populismo. Por otra parte, he intentado plantear alguna discusión en torno a estos usos en: MELO (2007).

¹⁰ Dice Roger BARTRA (2008): “Lo que está en juego no es meramente un movimiento de piezas en el ajedrez político continental o mundial. Detrás de las propuestas populistas hay procesos culturales que pueden frenar el bienestar de las sociedades latinoamericanas. Por eso la política debe ser un proceso civilizatorio. En América Latina necesitamos urgentemente civilizar a la clase política y democratizar a cultura popular. De lo contrario, en lugar de acumular riqueza y bienestar, seguiremos perdiendo década tras década” (BARTRA, 2008). Entiendo que la frase dice muchas de las cuestiones que venimos remarcando de modo simple y claro. Puede verse allí cómo el populismo es visto en términos de un freno absoluto al crecimiento democrático.

¹¹ Naturalmente, no se trata de verter un juicio de valor (positivo o negativo) respecto de dicho lugar. Más aún, si pensamos que aquellos que se dedican fervorosamente a la denigración del populismo también juegan ese mismo juego, ya no como resucitadores sino como exterminadores. De todas maneras, lo que puede resultar interesante es que el populismo parece no dejar oportunidad para hablar modestamente sobre él.

populismo en su ostracismo, o si se acontece, antes bien, por el peso innegable de la reflexión teórica que lo volvió a la vida.

El primer problema se produce, a mi juicio, si es que el milagro cobra sentido de verdad; pues, como toda verdad, tal la enseñanza de Terán, puede tener un destino espurio. O, como mínimo, porta ya desde su aparición estelar la necesidad de una revisión (revisión que se daría con el paso de los años y ante la inexorable caída en la incerteza). El segundo problema es quizás un poco más superficial. Me refiero a la forma de construir el milagro, a la manera de dar vida. Populismo no fue un término que, de un día para otro, dejó de usarse; más bien, y como decíamos antes, fue cayendo en la *desgracia* de hacerse popular, de explicar demasiado rápido y fácil las debilidades de un régimen político; fue ocupando lentamente el lugar de ser un riesgo para toda democracia, fue acercándose pausadamente a ser un fantasma destructor para cualquier tipo de liderazgo popular. Fue una palabra que se usó mucho, incluso como amenaza, para descalificar.¹² Se le agregó el prefijo “neo”, para condenar los procesos políticos de los años 90 en muchos de nuestros países.¹³ Por tanto, no es quizás un concepto que estaba muerto, pero sí desgarrado por dentro, nombrando todo aquello adonde no debíamos llegar y todo aquello que no nos debía suceder como sociedad. El resucitador (esta es la forma de construir el milagro), bisturí en mano, procede a mostrar ese interior desgarrado; se deshace de esas cargas veloces de negatividad y le tuerce la mano a muchos años de sedimentación social y cultural. Pero además del bisturí, se dispone también *la venganza de populismo*. La forma de esa venganza es brillante pero sencilla: en todos los otros “ismos”, hay ausencia de radicalidad, no hay identidad posible, no hay política. Republicanismo, liberalismo, institucionalismo, todos ellos deben recibir, en compensación al daño sufrido por nuestra estrella, el mismo trato: la negación.

Sin embargo, no se trata únicamente de eso, sino que, ya con hilo y aguja en mano, el resucitador procede a argumentar que populismo es lo que *debe* sucederle a una sociedad; no sólo para librarse de

¹² No son pocas las interpretaciones del pasado argentino (incluso las que se estiran en el tiempo hasta las primeras décadas del siglo XX) que toman el ciclo de los populismos como preludeo casi causal para explicar la inestabilidad política, la violencia y el corolario de la funesta dictadura que asoló al país desde 1976. Luego, es de reconocer que populismo ya apareció asociado a neoliberalismo, y de allí sirvió para (des)calificar los procesos políticos dados no sólo en Argentina durante la década de 1990. Difícil es que populismo no simbolice catástrofe (o preludeo de catástrofe). Uno de los trabajos a que me acerqué últimamente y que expone claramente esta mirada es SZUSTERMAN (1998).

¹³ Procesos por cierto nefastos.

los verdaderos males (que son los del liberalismo y los del institucionalismo, básicamente) sino para constituirse en opción política de coyuntura. Y aquí, para mí, es donde la magia y la espectacularidad de una *necesaria* escena teórica de alto vuelo, una escena de resurrección, corre el formidable riesgo de volverse contra sí misma.

¿Por qué riesgoso? No creo que debemos considerar riesgoso el hecho de que un intelectual (el resucitador) se reconforte, o directamente sienta la necesidad de “militar”. Ni siquiera suena aventurado el hecho de militar “a través” de la teoría. Lo que puede resultar llamativo, y azaroso a la vez, es la potencial confusión de una teoría (que no puede tener propietario, porque es una explicación con pretensión de, justamente, no ser coyuntural; intenta ser universal y no local) con la militancia. ¿Por qué lo considero demasiado expuesto? Porque, perfectamente, se puede dejar la fineza de la cirugía de resurrección en un acto de simple inversión de carga valorativa para los términos en batalla, porque se puede llegar a confundir la teoría misma con un acto de militancia. Si esto sucede, los términos del debate se reproducen *ad infinitum*. Quiere decir que el milagro sólo va a quedar en un acto de conversión de una palabra (que pasó de negativa a positiva). Entonces, lo único que hicimos fue pasar de un contexto en que una palabra era *mala palabra* a otro en que es buena (o, en el mejor de los casos, no tan mala). Quiere decir que lo que antes se significaba como un fantasma amenazante, ahora se torna en una necesidad. Y nada más.

Puede resultar chocante, más aún, el uso que se haga del término resucitado, una vez que la resurrección ocurrió. Básicamente, porque, como decíamos, no nos permite más que reproducir los viejos debates. Si hoy por hoy trato de estudiar una experiencia política denominada populista (pongo por ejemplo al primer peronismo) y digo que populismo sirve como categoría para explicar mucho de lo allí sucedido, paso a ser, instantáneamente, “un peronista”.¹⁴ Incluso, paso a ser kirchnerista o chavista irremediamente. Pero si sostengo mi pretensión teórico-histórica y no acepto el mote, paso a ser de la derecha recalcitante sin solución de continuidad. Es prácticamente imposible abstraerse y leer una tesis sobre el peronismo clásico sin tratar de ver por dónde, el autor de la tesis, define su peronismo o su anti-

¹⁴ Esto, creo, puede ser una consecuencia lógica de la resurrección, pues en ese acto, lo que revive es el todo fallecido; es decir, perfectamente se puede deducir que al recuperar positivamente a una categoría que nominó a distintos procesos históricos se está recuperando a esas mismas coyunturas como positivas. De todas maneras, esto debería ser más extensamente desarrollado.

peronismo. Y esto, para mí es muy complejo. Si el tesista se nos esconde sagazmente, no podremos más que decir que no es un intelectual comprometido; que su escondite es típico de un conservador; que no se juega. De modo tal que, pareciera que estudiar al primer peronismo es un sin salida, es imposible. Sobre todo, porque si el tesista elige tomar como positivas algunas de las propuestas del resucitador pero criticar otras, corre el peor de los riesgos: el de citar al resucitador como fuente y que el lector ya lo catalogue (o como populista, o como peronista o como kirchnerista) de manera que toda crítica posible al resucitador queda inexorablemente en la nada (o porque no se la lee como tal, o porque cualquier crítica es de “derecha”).

De esta manera, usar la palabra populismo parece un peligro.¹⁵ Es una voz vigorosa y escurridiza. El peligro es que la crítica a su uso puede provenir de una pluralidad de lugares, y la crítica parece siempre remitir a la condena o a la magnificación coyuntural del régimen al que se nomina con ese brioso término. La crítica, al fin y al cabo, es la misma desde ambos lados del espectro ideológico circunstancial.¹⁶ Es en este sentido donde la actividad del resucitador puede resultar del todo compleja (y hasta perjudicial). ¿Por qué? Porque el resucitador no sólo revivió el corazón del moribundo y vapuleado significativo, sino que, además, pretendió dotarlo de *Verdad*; intentó, dicho con palabras más explícitas, dotarlo de *Razón*, de *Una* razón.

De hecho, entonces, creo que esta resurrección no ha implicado, como ya expresé antes, una superación de los términos tradicionales del debate.¹⁷ Hoy en día, es posible pensar política y populismo sin que sean instantáneamente concebidos como extremos lógicos incompatibles. Eso es cierto y, para mí, positivo. Pero de allí a suponerlos sinónimos hay un salto que sólo puede ser abordado por *Una Razón* cuasi-omni-explicativa. Lo mismo podrá decirse de volver a pensar la relación entre populismo y democracia. El hecho, de todas maneras, es que no se ha podido superar la *binarización* (pseudo-antagonista) de construcción de las discusiones. Allí, el punto fulgurante del debate es la relación entre populismo e institucionalismo:

¹⁵ Y, justamente, no propongo dejar de usarla. Antes bien, creo que debemos extremar los esfuerzos para discutir los modos de usarla.

¹⁶ Pido disculpas aquí por la afirmación, algo ingenua si se quiere, acerca de que hay sólo dos polos del espectro, que generalmente se llaman izquierda y derecha. De todas maneras, a los fines de mi argumento, creo que la imagen puede resultar de utilidad.

¹⁷ Dicho más específicamente: este proceso de reflexión teórica que venimos detallando, abrió efectivamente los caminos para una superación, al menos parcial, de aquellos términos de discusión. El hecho es que, por fruto quizás de una inflación del peso coyuntural, no ha recorrido plenamente dichos caminos.

desde cualquiera de los supuestos polos en batalla, populismo es visto como lo otro de las instituciones políticas.¹⁸ Entonces: ¿hasta qué punto son analíticamente distintas las visiones del populismo, provenientes de cualquier lugar del arco teórico y político coyuntural, más allá de la carga valorativa con la que se nombra al susodicho término?

No se trata, para mí, de descubrir los ojos con que cada interlocutor mira al populismo contextualmente sino, antes de bien, de descifrar la lógica con que se lo piensa. Hasta ahora, las lógicas denigratorias y las laudatorias han hecho demasiado hincapié en su carácter ruptural, dejando de lado su compromiso comunitariamente integrador (esto es, su carácter constitutivamente institucional). Para decirlo en los términos de la resurrección: se lo ha visto mucho más con los lentes de la equivalencia que con los de la diferencia, Y, nuevamente, no se ha hecho más que reeditar, por supuesto que con elegancia y nuevos aires, la binaria conceptualización del populismo.¹⁹

Una cuestión de fondo (si es que la hay, obviamente) remite a pensar si esta resurrección puede terminar en la encarnación mítica de una postura coyuntural que haga simbiosis orgánica con el régimen político imperante. Sé que no hay respuesta certera para esto. De todos modos, no creo que la *coyunturalización* (disculpen el término) de la teoría contribuya eficazmente al debate. La coyuntura, para mí, es necesaria de ser pensada, de ser leída e interpretada (pero no como forma de poner a prueba una teoría, porque en ese sentido, toda teoría va a fallar). Las formas de intervención frente a ella son múltiples. No obstante, como leíamos con Terán al principio, la desilusión está siempre a la vuelta de la esquina. Preservarse de ella invocando el ya antiguo e inadecuado olimpo de la objetividad parece un sinrazón. Preservarse de ella es quizás imposible. Ahora bien, no es lo mismo tener que revisar una postura política coyuntural con el correr de los años, que administrar la necesaria morfina al cuerpo derruido de una teoría desgajada que, en algún momento, quiso explicar todo. La de-

¹⁸ La discusión de la relación entre populismo e institucionalismo me parece fundamental. He tratado de llevarla adelante en mi tesis de doctorado (MELO, 2009) En el último tiempo, he tratado, con mayor especificidad, de imaginar un diálogo entre Laclau, O'donnell y de Ípola en el cual poder sacar a la luz potenciales similitudes (más allá de la calificación positiva o negativa del populismo) en cuanto a la forma de estructurar la reflexión en torno a dicha relación. Me remito a Melo (2010).

¹⁹ Nuevamente, intentar un camino alternativo a la binaria y excluyente lectura del populismo (en cualquiera de sus vertientes) no implica negar el hecho de tomar partido. Antes bien, considero que debemos tomar partido justamente sostenidos en una lectura más compleja de la relación entre política y populismo.

silusión política es casi una necesidad de la historia política individual (porque existe un disconformismo necesario, justamente, con la coyuntura que vemos e interpretamos, en el presente y en el pasado). La desilusión de la resurrección, montada en la teoría que nombra la política como tal y que explica todo, puede ser evitada, creo, complejizando los vaivenes de esa propia teoría, eludiendo así la máxima de sentido común que nos diría que, al fin y al cabo, nada puede resucitar si no es para volver a morir.

La magia del populismo, esto no es más que una sugerencia, puede ser pensada partiendo de su constitutiva indeterminación. Populista será, sigo en la clave de una sugerencia, aquella lógica que tenga su especificidad en la imposibilidad de ser nominada como equivalencial o como diferencial (dicho en términos laclausianos), sino que lleve en su corazón una forma de co-constitución de esas dos lógicas. Esta co-constitución implica que ya no alcanzan los otros viejos “ismos” para explicar qué es lo otro del populismo, porque populismo es ya en sí mismo su *Otro*. Y es esa lógica de co-constitución la que puede permitir circular un camino de superación de los viejos binarismos. Por supuesto, esto no implica lavar en aguas de consenso el conflicto y/o antagonismo constitutivo de toda identidad. Tampoco supone aquietar en el estanque de la seguridad jurídica y la estabilidad la matriz necesariamente negativa de toda identidad. Por último, no es esta una manera (velada quizás) de abolir la necesidad de “tomar partido”. Puede intentarse, entonces, una reflexión distinta sobre los procesos históricos; distinta en el sentido de que pensar, por ejemplo, al peronismo clásico, no debería llevarnos a decir sin más que allí no se produjeron instituciones, o que dichas instituciones no tienen valor histórico dado el carácter puramente ruptural del populismo. Para mí, el hecho fundamental es indagar justamente ese carácter de quiebre social (de partición comunitaria como diría Laclau) como constitutivo de una forma singular de institucionalismo que, a la vez que comparte, también ataca los valores considerados cardinales de la democracia liberal.

A modo de conclusión

De más está decir que todo esto merece un desarrollo mucho más extenso. No obstante, una conclusión es posible. Para mí, sería mucho más productivo adentrarse en las incertidumbres a que una teorización nos lleva que intentar clausurarlas. Esa magia es mucho más leve y mucho menos espectacular que la de la resurrección, pero quizás pueda resultar más interesante para la interpretación. Aprendi-

mos con los años que todo truco tiene una explicación. Y también aprendimos que muchos trucos pueden salir muy mal. La magia puede tener un costado trágico inevitable, es cierto. También es cierto que, con los años, muchos intelectuales nos enseñaron que la simpleza de los trucos puede ser mucho más atractiva que la espectacularidad de los mismos. A veces, quizás no siempre, puede resultar mucho más provechoso resignarse a la biblioteca en la que verdad no hay, a la biblioteca que puede ayudar a remodelar las incertezas constitutivas de una teoría; incertezas que, por otra parte, son las que nos hacen pensar, y las que permiten que un término *no pase de moda*.

En el año 2009, con objeto de homenajear la trayectoria intelectual y política de Juan Carlos Portantiero, se publicó *El político y el científico*. Allí, Emilio de Ípola expuso una serie de reflexiones en torno de la teoría del populismo de Ernesto Laclau.²⁰ De Ípola nos ilustra también sobre el derrotero teórico político de muchos de sus colegas (eso que este sociólogo llama “nuestra generación”) entre los que Laclau, obviamente, se encuentra.²¹ En este sentido, no deja de ser sugestivo (por parte de de Ípola) el hecho de proponer a *La Razón Populista* como un mojón cardinal en el proceso de revisión de viejas alternativas dentro de la trayectoria de Laclau. Es decir, el populismo es producto de aquella revisión (dada, se supone, a la luz del *fracaso* de las antiguas alternativas). Más allá de que sería necesario retomar las críticas que establece de Ípola en el mencionado texto (aquí no tenemos el espacio), esta cuestión de la revisión de trayectorias propias y ajenas nos resultó sugestiva por dos razones. Primero, porque de Ípola estima que *La Razón Populista* radicaliza las tesis de *Hacia una teoría del populismo* (el texto seminal de Laclau sobre el tema).²² Vaya forma sutil, entonces, de calificar la *revisión*. Dice de Ípola:

El proceso de revisión al que nos referimos antes obligó a ir tirando progresivamente por la borda estratos cada vez más profundos de nuestras creencias teóricas de décadas atrás. Sin duda esa tarea no ha concluido aún, no sólo porque –como se dice– es preciso darle tiempo al tiempo, sino también porque hay decisiones que son difíciles de

²⁰ Sabido es que De Ípola y Portantiero escribieron juntos, en polémica con Laclau, un texto que, a mi criterio, resulta central para comprender el debate que se está proponiendo. Me refiero a De Ípola y Portantiero [1981] (1989).

²¹ Allí de Ípola cita el trabajo de Torre cuyas ideas he desarrollado al comienzo del presente texto. Vale aclararlo porque es desde allí que partí con mi interés para observar cómo las opciones políticas comenzaban un cierto proceso de refundación en el marco de la caída de los grandes ideales.

²² Me refiero a Laclau (1977).

adoptar sin correr el riesgo de perder todo *point de repère* y caer en un vacío teórico susceptible de bloquear irreversiblemente la reflexión” (DE ÍPOLA, 2009, p. 199).

Para este autor, entonces, Laclau desembocó “en una reivindicación del populismo” (tomándolo, entiendo, como ese punto de referencia que evita el vacío teórico). No obstante, de Ípola afirma que es con esa reivindicación con la que no puede coincidir pues, de acuerdo a sus propios puntos de llegada en el proceso de auto-revisión, el populismo es visto como una forma relativamente antitética a los postulados de la democracia liberal. Expresa nuevamente nuestro autor:

En *Hegemonía y estrategia socialista*, el punto de llegada de las luchas populares con vocación hegemónica asumía la forma de lo que Laclau y Mouffé denominaban *democracia radical*, pero en *La razón populista* parecen plantearse, si bien con precauciones, los primeros axiomas de una lógica que anula progresivamente las formas y contenidos democráticos en aras de un autoritarismo unipersonal en el que sólo rige la voluntad del Líder. No es esto, sin duda lo que Laclau se propone sustentar. Es la lógica inherente al populismo la que lleva a esa conclusión (DE ÍPOLA, 2009, p. 220).

La pregunta sobre la que creo que podremos ahondar en futuros trabajos es si esa supuesta reivindicación de un autoritarismo unipersonal es una consecuencia lógica de La razón populista o, antes bien, es esta una conclusión atendible respecto de las opciones políticas concretas de las que este libro ha venido a hacerse cargo. Esto es aún más importante porque, como se expresó antes, varios de los pasos dados en aquel libro abrirían a la posibilidad de pensar que populismo no es lo otro de la democracia, ni lo otro de las instituciones políticas sin más.

No se trata, obviamente, de retomar viejas discusiones acerca de si es mejor para nuestros países un régimen parlamentario (y por tanto supuestamente pluralista) o uno presidencialista. Se trata, creo, de repensar si las revisiones dadas por quienes han tenido la capacidad de hacerlo superaron cabalmente la lógica de las viejas verdades. Entiendo que, sumidos ya en una era donde aquellos grandes relatos -junto a sus fundamentos últimos de determinación- han ido quedando atrás, puede retomarse el debate en torno a la complejidad de la relación entre política y populismo. Ello implica no pensar a ambos como antitéticos ni como sinónimos (para hacerlo dependeríamos de deter-

minar justamente un fundamento último) sino que puede partir de desentrañar un entramado de relaciones entre ambos que, a la vez que torna al debate dificultoso, lo transforma en un eje fundamental para los años que vienen.

Referencias

ABOY CARLÉS, Gerardo. La especificidad regeneracionista del populismo. Ponencia presentada en el panel "Populismo y democracia II" del **VIII Congreso Chileno de Ciencia Política**, organizado por la Asociación chilena de Ciencia Política, Santiago de Chile, nov 2006.

_____. Populismo y democracia en la Argentina contemporánea: entre el hegemonismo y la refundación. **Estudios sociales**, Revista universitaria semestral, n^o 28, 2005.

_____. Repensando el populismo. **Política y Gestión**, v. 4. Rosario, Homosapiens, 2003.

AIBAR GAETE, Julio. La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño. In: _____ (Coord.). **Vox populi: Populismo y democracia en latinoamérica**. México: FLACSO, 2007.

ARDITI, Benjamín. El populismo como espectro de la democracia. **Political Studies**, v. 52, n^o 1, 2004.

BARROS, Sebastián. Terminando con la normalidad comunitaria: heterogeneidad y especificidad populista. **Studia Politicae**, número Especial (En Prensa). Universidad Católica de Córdoba, 2008.

_____. Espectralidad e inestabilidad institucional: acerca de la ruptura populista. **Estudios Sociales**, año XVI, n^o 30, 2006a.

_____. Inclusión radical y conflicto en la constitución del pueblo populista. **Confines**, 2/3, ene/may 2006b.

BARTRA, Roger Populismo y democracia en América Latina. **Letras Libres**, 2008. Disponible en: <http://www.scribd.com/doc/40930963/29743135-Populismo-y-Democracia-en-America-Latina>.

BAYER, Osvaldo et al. **El populismo en la Argentina**. Buenos Aires: Plus Ultra, 1974.

CANOVAN, Margaret. Trust the people! Populism and the two faces of democracy. **Political Studies**, XLVII, n^o 1, 1999.

CRITCHLEY, Simon; MARCHART Oliver (Comp.). **Laclau: aproximaciones críticas a su obra**. Buenos Aires: Fondo de cultura económica. [2004] 2008.

DE ÍPOLA, Emilio. La última utopía: reflexiones sobre la teoría del populismo de Ernesto Laclau. In: HILB, Claudia (Comp.). **El político y el científico: ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero**. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2009.

_____. Ruptura y continuidad: claves para un balance de las interpretaciones del peronismo. **Desarrollo Económico**, v. 29, n^o 115, 1989.

_____. Populismo e ideología I. In: DE ÍPOLA, Emilio. **Ideología y discurso populista**. México: Plaza y Valdes, 1987a.

_____. Populismo e ideología II. In: DE ÍPOLA, Emilio, **Ideología y discurso populista**. México: Plaza y Valdes, 1987b.

_____; Juan Carlos PORTANTIERO. Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes. In: _____. **Investigaciones políticas**. Buenos Aires: Nueva Visión, [1981] 1989.

GROPPO, Alejandro. **Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas**. Un estudio comparado del populismo latinoamericano. Eduvim: Villa María, 2009.

LACLAU, Ernesto. La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana. **Nueva Sociedad**, n^o 205, 2006.

_____. Populismo: ¿qué hay en el nombre? In: ARFUCH, Leonor, (Comp.): **Pensar este tiempo: espacios afectos, pertenencias**. Buenos Aires: Paidós, 2005a.

_____. **La razón populista**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005b.

_____. **Emancipación y diferencia**. Buenos Aires: Ariel, 1996.

_____. (Ed.). **The making of political identities**. London: Verso, 1994.

_____. **Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo**. Buenos Aires: Nueva Visión, 1993.

_____. Hacia una teoría del populismo. In: LACLAU, Ernesto, **Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo**. Madrid: Siglo XXI Editores, 1977.

_____; Chantal MOUFFE. **Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia**. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

MARCHART, Oliver. En el nombre del pueblo: la razón populista y el sujeto de lo político. **Cuadernos del CENDES**, año 23, n^o 62, tercera época, 2006.

MELO, Julián. La democracia Argentina bajo el prisma populista: variaciones en torno a la democracia y las identidades populares bajo el yrigoyenismo y el primer peronismo. Ponencia presentada en el **II Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales**. Distrito Federal, México, 2010.

_____. **Fronteras populistas: populismo, peronismo y federalismo entre 1943 y 1955.** Tesis doctoral defendida para el título de Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires: Mimeo, 2009.

_____. El populismo y la paradoja democrática. Notas sobre el discurso democrático en el primer peronismo. **Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales**, FLACSO, Ecuador, 2007.

PANIZZA, Francisco. Introduction: populism and the mirror of democracy. In: _____. (Ed.) **Populism and the mirror of democracy.** London-New York, Verso, 2004.

RANCIÈRE, Jacques. **El desacuerdo:** política y filosofía. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996.

SZUSTERMAN, Celia. **Fronidizi:** la política del desconcierto. Buenos Aires: Emecé, 1998.

TAGUIEFF, Pierre-André. Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real. En: PICCONI, Paul et al. **Populismo posmoderno.** Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

TERÁN, Oscar. Filosofía, historia y política: un recorrido. En: _____. **De utopías, catástrofes y esperanzas:** un camino intelectual. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores, 2006.

TORRE, Juan Carlos. **Cuestiones de método:** una vez más sobre los avatares de la izquierda socialista democrática en la Argentina de hoy, 2007. Disponible en http://www.clubsocialista.com.ar/actividades/conferencias_semanales/2007.php.

WORSLEY, Peter. El concepto de populismo. En: IONESCU, Ghita; GELLNER, Ernest (Comps.): **Populismo, sus significados y características nacionales.** Buenos Aires: Amorrortu, 1970.

Julián Melo
E-mail: melojulian@hotmail.com

Artículo recibido en noviembre/2010.
Aprobado en diciembre/2010..